Una entrevista a Agustín Guillamón: Los comités de defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)

Agustín Guillamón

2026

(Con motivo del 75 aniversario de la Revolución Española, Agustín Guillamón fue entrevistado por los editores del sitio web alasbarricadas.org sobre su último libro, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938), editado por Descontrol.* [*Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938*), en la serie de esta Alejandría Proletaria].)

Alasbarricadas—Una pregunta obligada: ¿Qué eran los Comités de Defensa?

Los comités de defensa eran las organizaciones militares clandestinas de la CNT, financiadas por los sindicatos, y sus actividades estaban subordinadas a estos últimos.

En octubre de 1934, se abandonó la vieja táctica de los grupos de acción en favor de una preparación revolucionaria seria y metódica. El CNCD declaró: «No puede haber revolución sin preparación. Debemos acabar con el prejuicio a favor de la improvisación. Este error, que implica confiar en el instinto creativo de las masas, nos ha hecho pagar un alto precio. No podemos obtener mediante un proceso de generación espontánea los medios indispensables para librar una guerra contra un Estado que posee experiencia, armamento pesado y una mayor capacidad de combate ofensivo y defensivo».

El grupo básico de defensa no debe tener demasiados miembros para facilitar sus operaciones clandestinas y su flexibilidad, y debe comprender a fondo el carácter, los conocimientos y las habilidades de cada militante. Debe estar compuesto por seis militantes, cada uno responsable de una función específica:

1. Secretario: Contacto con los demás cuadros, formación de nuevos grupos, elaboración de informes;
2. Investigador personal: determinar el peligro que representan los enemigos;
3. Investigador de edificios: Elaborar planos y proporcionar informes estadísticos;
4. Investigador para determinar puntos estratégicos y tácticas para la lucha callejera;
5. Investigador de Servicios Públicos;
6. Investigador para determinar dónde obtener armas, dinero y suministros.

Se consideraba que este número de seis militantes era la cifra ideal para un grupo o equipo de defensa, con la salvedad de que, en ciertos casos, se podía añadir un miembro más para fines de "relevo". El secreto absoluto era obligatorio. Estos grupos eran el núcleo básico de un ejército revolucionario, capaces de movilizar a grupos secundarios más numerosos, y estos, a su vez, debían movilizar a toda la población.

El grupo de defensa era la célula básica de esta estructura militar clandestina de la CNT, compuesta por seis militantes. Sus responsabilidades estaban delimitadas con gran precisión dentro de cada barrio. En cada barrio se constituía un Comité de Defensa de distrito, que coordinaba a todos estos cuadros de defensa y recibía un informe mensual del Secretario de cada Comité de Defensa. El Secretario Delegado de distrito redactaba un informe resumido que entregaba al Comité de Distrito; este, a su vez, lo remitía al Comité de Defensa Local, y este a su vez a los Comités de Defensa Regional y Nacional, respectivamente.

El informe del CNCD también incluía un plan detallado para la organización de los Comités de Defensa a escala regional y nacional, que abarcaba a todos los sectores de la clase obrera, como ferroviarios, conductores de tranvías, operadores de teléfonos y telégrafos, empleados de correos y, en

resumen, todos aquellos sectores que, por la naturaleza especial de sus oficios u organizaciones, tenían alcance nacional, con especial énfasis en la importancia de las comunicaciones en una insurrección revolucionaria. Se dedicó una sección especial a la infiltración, la propaganda y el reclutamiento de simpatizantes en los cuarteles militares.

Los Comités de Defensa tenían dos funciones esenciales:

1. Adquisición, mantenimiento, almacenamiento y entrenamiento en el uso de armas;
2. Logística en el sentido más amplio del término, desde asegurar las necesidades básicas de la población y el funcionamiento de comedores populares hasta la creación y mantenimiento de hospitales, escuelas, centros culturales… e incluso, durante los primeros compases de la revolución, el reclutamiento de milicias y el aprovisionamiento de las columnas que partían hacia el frente.

Los primeros cuadros de Defensa se formaron poco después de la proclamación de la República, y podrían considerarse la continuación, reorganización y ampliación de los grupos de acción armada y de autodefensa de los años del *pistolerismo* (1917-1923).

ALB—¿Cómo se transformaron los grupos de acción en cuadros de defensa?

En enero de 1935, los grupos anarquistas *Indomables, Nervio, Nosotros, Tierra Libre* y *Germen* , en el Pleno de la Federación de Grupos Anarquistas de Barcelona, constituyeron el Comité Local de Preparación Revolucionaria.

El Pleno, ante acontecimientos históricos verdaderamente desalentadores —el auge del fascismo en Italia, el nazismo en Alemania, el estalinismo en la Unión Soviética y la depresión económica, acompañada de un desempleo masivo de larga duración en Estados Unidos y Europa—, redactó un Informe que se oponía a estos acontecimientos con la esperanza del proletariado revolucionario. Decía: «Ante el colapso generalizado de ideales, partidos y sistemas, solo el proletariado revolucionario permanece en pie con su programa de reorganización de las bases del trabajo, la realidad económica y social, y la solidaridad».

El Informe contenía una crítica profunda de las tácticas pueriles de gimnasia revolucionaria e improvisación que se habían abandonado en octubre de 1934. Decía: «La revolución social no puede interpretarse como un único ataque audaz, al estilo de los golpes de Estado del jacobinismo, sino que será la consecuencia y el resultado del proceso de una inevitable guerra civil cuya duración no puede preverse».

La preparación revolucionaria para una larga guerra civil requería que los camaradas afrontaran nuevos retos impensables en el marco de las antiguas tácticas de los grupos armados. El Informe decía: «En vista de que no es posible poseer de antemano los arsenales de armas necesarios para un combate sostenido, el Comité de Preparación debe emprender un estudio sobre cómo convertir las industrias de ciertas zonas estratégicas […] en industrias capaces de proporcionar material bélico a la revolución». Este fue el origen de la Comisión de Industrias de Guerra, formada el 7 de agosto de 1936, que creó una potente industria militar desde cero gracias al esfuerzo de los trabajadores, coordinados por Eugenio Vallejo Isla, metalúrgico de la CNT, Manuel Martí Pallarés, del Sindicato de Trabajadores Químicos, y Mariano Martín Izquierdo; La responsabilidad de este logro fue posteriormente reivindicada por políticos burgueses (Josep Tarradellas), y si bien es cierto que contribuyeron a su éxito, fue “fundamentalmente debido a los trabajadores de las fábricas y a los técnicos, cuyos delegados responsables recibieron autoridad directiva por parte de la CNT desde el comienzo de la guerra”.

De los grupos de acción y pistoleros que practicaban una gimnasia revolucionaria antes de 1934, la CNT había pasado a la creación de cuadros de información y combate que eran considerados como las células básicas de un ejército revolucionario.

ALB—Una pregunta que mucha gente se hará es si los anarquistas hubieran podido tomar el poder.

Durante el primer semestre de 1936, el grupo *Nosotros* se vio envuelto en agrias disputas con los demás grupos de la FAI en Cataluña en torno a dos conceptos fundamentales, en un momento en que se sabía con certeza que el ejército preparaba un sangriento golpe de estado. Estos dos conceptos eran la «toma del poder» y el «ejército revolucionario». El pragmatismo del grupo *Nosotros* , más preocupado por las técnicas insurreccionales que por los tabúes, chocaba frontalmente con los prejuicios ideológicos de los demás grupos de la FAI, es decir, con el rechazo a lo que estos últimos denominaban «dictadura anarquista», y con su arraigado antimilitarismo, que lo dejaba todo en manos de la espontaneidad creativa de los trabajadores.

Este duro ataque contra las prácticas anarcobolcheviques del grupo *Nosotros* se expuso exhaustivamente en la revista *Más Lejos* , editada por Eusebio C. Carbó, entre cuyos colaboradores se encontraban Jaime Balius y Mariano Viñuales. *Más Lejos* publicó las respuestas a una encuesta que había presentado en su primer número de abril de 1936, que consistía en dos preguntas sobre la abstención electoral y una tercera pregunta sobre la toma del poder, formulada de la siguiente manera: "¿Pueden los anarquistas, bajo cualquier circunstancia y superando todo escrúpulo, aceptar la toma del poder, en cualquier forma, como medio para acelerar el ritmo de su progreso hacia la realización de la anarquía?"

Casi todos los encuestados respondieron negativamente a esta pregunta. Sin embargo, ninguna de las respuestas ofreció una alternativa práctica que acompañara este rechazo general a la toma del poder. La teoría y la práctica anarquistas parecían estar divorciadas, justo en vísperas del golpe de Estado militar.

En el Pleno de los Grupos Anarquistas de Barcelona, reunido en junio de 1936, García Oliver propuso que la organización de cuadros de defensa, coordinados en comités de defensa de barrio en la ciudad de Barcelona, fuera el modelo a seguir, y que estos se extendieran a toda España, coordinando esta estructura a nivel nacional y regional para formar un ejército revolucionario del proletariado. Este ejército debía complementarse con la creación de unidades guerrilleras de cien hombres cada una. Muchos militantes se opusieron a las propuestas de García Oliver y confiaron en la espontaneidad de los trabajadores antes que en una organización revolucionaria disciplinada. Las convicciones antimilitaristas de muchos grupos de afinidad llevaron a un rechazo casi unánime de las tesis del grupo *Nosotros* , y especialmente de las defendidas por García Oliver.

ALB—¿Cómo se transformaron estos Comités de Defensa en Milicias Populares y comités barriales revolucionarios?

El 16 de julio, comenzó la revuelta militar en Melilla. Para el 18 · la revuelta militar se había extendido a todo Marruecos, Canarias y Sevilla.

La guarnición militar de Barcelona contaba con unos seis mil hombres, frente a los casi dos mil de la Guardia Civil y los doscientos miembros de la Policía Autónoma de Cataluña. La Guardia Civil, de la que nadie sabía con certeza a qué bando se uniría, contaba con unos tres mil hombres. La CNT-FAI contaba con unos veinte mil militantes, organizados en Comités de Defensa de Distrito, dispuestos a tomar las armas. Acordó, en el comité de enlace formado por la CNT con la Generalitat y los militares leales, hacer frente al golpe con tan solo mil militantes armados.

El 19 y 20 de julio de 1936, en medio de los combates en las calles de Barcelona, tras la derrota de los militares rebeldes, los miembros de los comités de defensa comenzaron a autodenominarse, y otros se referían a ellos, como «los milicianos». Sin período de transición, los cuadros de defensa se convirtieron en Milicias Populares. La estructura original de los cuadros de defensa preveía su extensión y crecimiento mediante la incorporación de cuadros secundarios. Bastaba con encontrar un lugar en ellos para los miles de obreros voluntarios que se unían a la lucha contra el fascismo y enviarlos a Aragón. Las milicias confederales se transformaron en la vanguardia de todas las unidades armadas enviadas a combatir al enemigo fascista. Constituían la organización armada del proletariado revolucionario. Fueron imitadas por las demás columnas, incluidas las de origen burgués. Debido a la

ausencia de un ejército proletario único, los distintos partidos y organizaciones crearon sus propias milicias partidarias y sindicales, sin mando central y con una coordinación muy tenue.

Estos cuadros de defensa experimentaron una doble TRANSFORMACIÓN. Por un lado, se transformaron en las Milicias Populares, que desde los primeros días de la guerra definieron el frente de Aragón e inauguraron la colectivización de la tierra en los pueblos aragoneses liberados; por otro, se transformaron en los comités revolucionarios que, en cada barrio de Barcelona y en cada pueblo de Cataluña, impusieron un «nuevo orden revolucionario». Su origen común en los cuadros de defensa hizo que las milicias confederales y los comités revolucionarios mantuvieran relaciones muy estrechas.

Los comités revolucionarios desempeñaron, en cada barrio o localidad, especialmente durante las nueve semanas posteriores al 19 de julio, las siguientes funciones:

1. Confiscaron edificios destinados a oficinas de comités, almacenes de suministros, centros culturales y escuelas racionalistas. Incautaron y administraron hospitales y periódicos.
2. Realizaron registros en domicilios particulares para requisar armas, alimentos, dinero y objetos de valor;
3. Inspección de edificios sospechosos por escuadrones armados para detener a «policías», francotiradores, sacerdotes, reaccionarios y quintacolumnistas. (Recordemos que las operaciones de limpieza contra los francotiradores duraron una semana entera en la ciudad de Barcelona).
4. Instalaron en cada barrio centros de reclutamiento para las Milicias, a las que armaron, financiaron, abastecieron y pagaron (hasta mediados de septiembre) con sus propios medios, e incluso después de mayo de 1937, cada barrio mantuvo una relación íntima y continua con sus milicianos en el frente, y los acogió cuando volvieron a casa de permiso;
5. Almacenaban las armas en la sede del comité de defensa, que cumplía también la función de almacén o tienda local, en la que también se alojaba el comité de víveres del distrito, que abastecía al barrio con víveres que se requisaban en las zonas rurales mediante la coacción armada, el intercambio o la compra con vales;
6. Imposición y cobro del impuesto revolucionario en cada barrio o localidad.

Los comités revolucionarios desempeñaron un papel administrativo importante y bastante multifacético, que se extendía desde la emisión de vales, cupones de alimentos y pases de viaje, las ceremonias matrimoniales, el abastecimiento y la administración de hospitales, hasta la confiscación de alimentos, muebles y edificios, la financiación de escuelas racionalistas y centros culturales administrados por las Juventudes Libertarias, el pago a los milicianos o a sus familias, etc.

Los Comités Revolucionarios de Distrito se coordinaban desde la sede del Comité Regional, al que reportaban los secretarios de cada comité de defensa de barrio. También existía un Comité de Defensa Confederal permanente, ubicado en la sede de la CNT-FAI.

Para los asuntos relacionados con la confiscación de grandes cantidades de dinero y objetos muy valiosos, y todos aquellos otros trabajos de detención, información o investigación que por su importancia superaban la jurisdicción o capacidades de los comités revolucionarios de barrio, éstos sometían los asuntos en cuestión al Servicio de Investigación de la CNT-FAI, bajo la dirección de Escorza en la sede de la CNT-FAI.

ALB—¿Hubo un vacío de poder? ¿Se formaron los comités vecinales a partir de los Comités de Defensa? ¿Y qué hay de los comités de provisiones?

El verdadero poder de decisión y ejecución residía en las calles; era el poder del proletariado armado, y los comités locales de defensa y control obrero lo ejercían, expropiando espontáneamente fábricas, talleres, edificios y propiedades; organizando, armando y transportando al frente a los grupos de milicianos voluntarios que previamente habían reclutado; quemando iglesias o convirtiéndolas en

escuelas o almacenes; formando patrullas para extender la guerra social; defendiendo las barricadas, que ahora eran fronteras de clase, que controlaban el tráfico y manifestaban el poder de los comités; dirigiendo las fábricas, sin dueños ni gerentes, o transformándolas para la producción militar; requisando coches y camiones, o víveres para el comité de víveres; engañando a la burguesía, a los fascistas y a los sacerdotes; sustituyendo a las anticuadas autoridades municipales republicanas, imponiendo en cada localidad su autoridad absoluta en todos los ámbitos, sin esperar órdenes de la Generalitat ni del Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA). La situación revolucionaria se caracterizaba por una atomización del poder.

En la noche del 19 · el único poder real era la "federación de las barricadas", y el único objetivo inmediato era la derrota de los rebeldes. El ejército y la policía, disueltos o confinados en sus cuarteles, desaparecieron de las calles después del 20 de julio. Fueron reemplazados por Milicias Populares, compuestas por trabajadores armados, que confraternizaban con soldados licenciados y guardias civiles que se habían deshecho de sus uniformes, en una masa victoriosa de gente, lo que los convirtió en la vanguardia de la insurrección revolucionaria.

En Barcelona, los comités de defensa, transformados ahora en comités revolucionarios de barrio, en ausencia de directrices de organización alguna y sin más coordinación que las iniciativas revolucionarias que exigían las necesidades cotidianas, organizaron los hospitales, desbordados por una avalancha de heridos, instalaron comedores sociales, requisaron coches, camiones, armas, fábricas y edificios, registraron domicilios particulares, detuvieron a personas sospechosas y crearon una red de comités de avituallamiento en cada barrio, coordinados en un Comité Central de Avituallamiento de la ciudad, en el que el Sindicato de Trabajadores de la Alimentación desempeñó un papel importante. El contagio revolucionario afectó a todos los sectores sociales y a todas las organizaciones, que sinceramente decidieron apoyar la nueva situación revolucionaria. Este fue el único poder real del CCMA, que se presentó al pueblo en armas como la institución antifascista que debía librar la guerra e imponer el nuevo orden revolucionario.

El 21 de julio, un Pleno Local y Regional renunció a la toma del poder, entendida como la dictadura de los líderes anarquistas, en lugar de la imposición, coordinación y extensión del poder que los comités revolucionarios ya ejercían en las calles. El 23, un Pleno completo, celebrado en secreto, de los comités superiores de la CNT y la FIA cerró filas respecto a su decisión de colaborar con el CCMA y de preparar el Pleno del 26 para vencer la resistencia de los militantes.

El 24 · las dos primeras columnas anarquistas partieron hacia el frente, bajo el mando de Durruti y Ortiz. Durruti pronunció un discurso por radio en el que advirtió sobre la necesidad de mantenerse alerta ante un posible golpe de Estado contrarrevolucionario. La situación revolucionaria en Barcelona debía consolidarse para ir a por todas tras la toma de Zaragoza.

El 25 de julio Companys acudió a la Academia Naval y acusó a los miembros del CCMA de haber sido ineficientes en lo que respecta al mantenimiento del orden público, siendo recibido con indiferencia por García Oliver quien lo despidió amenazadoramente.

En la mañana del 26 de julio, el Pleno Regional ratificó la colaboración definitiva de la CNT-FAI en la CCMA, consentida por los comités superiores de la CNT-FAI en su debate del día 23 y en el anterior Pleno Regional celebrado el día 21 .

El Pleno del 26 confirmó por unanimidad que la CNT acataría la decisión, aprobada el 21 · de participar en esta nueva institución de colaboración de clases denominada CCMA. En el mismo Pleno del 26 · se creó un Comité de Provisiones, dependiente del CCMA, al que se someterían todos los comités de provisiones surgidos en diferentes lugares, y al mismo tiempo se ordenó el cese parcial de la huelga general. El resumen de los acuerdos principales alcanzados en este Pleno se redactó en forma de Proclama Pública, para su difusión y aceptación por parte de la población.

El CC de Abastecimientos era una institución fundamental, que aseguraba un requisito indispensable para aquellos obreros voluntarios que habían abandonado sus trabajos ordinarios para ir a luchar contra el fascismo en Aragón: asegurar, en su ausencia, la alimentación de sus familias que ya no podrían contar con un sueldo semanal.

ALB—¿Qué eran las Patrullas de Control?

El 11 de agosto de 1936 se crearon las patrullas de control como fuerza policial revolucionaria dependiente del Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA).

Solo aproximadamente la mitad de los miembros de las patrullas eran miembros de la CNT o la FAI; el resto pertenecía a las demás organizaciones que formaban parte del CCMA: el POUM, ERC (Esquerra Republicana de Cataluña) y el PSUC, en su mayoría. Solo cuatro de los once delegados de distrito eran miembros de la CNT: los de Pueblo Nuevo, Sants, San Andrés (Armonía) y Clot; cuatro eran de ERC, tres del PSUC y ninguno del POUM.

Las Patrullas de Control estaban bajo el control de la Comisión de Investigación del CCMA, presidida por Aurelio Fernández (FAI) y Salvador González (PSUC), quien sustituyó a Vidiella. Su sede central se estableció en el número 617 de la Gran Vía, bajo la dirección de dos delegados de las Patrullas, *José* Asens (FAI) y Tomás Fábregas (Acció Catalana). Su paga, diez pesetas diarias, era proporcionada por el gobierno de la Generalitat. Aunque todas las patrullas de distrito practicaron detenciones y algunos detenidos fueron interrogados en la antigua Casa Cambó, la prisión central estaba ubicada en el antiguo convento de las clarisas de San Elías.

ALB—¿Cuáles fueron los logros generales del Comité Central de Milicias Antifascistas?

El 26 de septiembre se formó un gobierno de la Generalitat con la participación de ministros anarquistas. El 1 de octubre se proclamó oficialmente la disolución del CCMA.

El decreto del 9 de octubre, complementado por el publicado el 12 de octubre, declaró la disolución de todos los comités locales formados el 19 de julio y su sustitución por las nuevas instituciones de gobierno local. A pesar de la resistencia de muchos comités locales a esta orden, y a pesar del retraso de varios meses que precedió al establecimiento completo de las nuevas instituciones de gobierno local, este fue un golpe mortal del que nunca se recuperaron. La resistencia de los militantes de la CNT, que desobedecieron las directrices de sus comités superiores y la orden de la Generalitat, representó una amenaza para el pacto antifascista. Los líderes anarcosindicalistas se vieron atrapados entre sus militantes, reacios a obedecerlos, y las acusaciones dirigidas contra ellos por las demás fuerzas antifascistas, que afirmaban que era necesario obedecer y hacer cumplir los decretos del gobierno, y hacer que los incontrolados vieran la luz.

Este fue el verdadero balance final de los logros del CCMA tras sus nueve semanas de existencia: la transición de los comités locales revolucionarios, que ejercían un poder absoluto en las calles y las fábricas, a su disolución en beneficio exclusivo del pleno restablecimiento del poder de la Generalitat. Además, los decretos firmados el 24 de octubre sobre la militarización de las milicias a partir del 1 de noviembre y la promulgación del decreto de colectivización completaron el desastroso balance del CCMA, es decir, la transición de las milicias obreras revolucionarias voluntarias a un ejército burgués de tipo clásico, sujeto al código monárquico de justicia militar, bajo el mando de la Generalitat; la transición de las expropiaciones y el control obrero de las fábricas a una economía centralizada, controlada y administrada por la Generalitat.

El retraso en la aplicación de los decretos, fruto de la resistencia discreta pero todavía intransigente de los militantes confederales, que aún estaban armados, hizo que el gobierno de la Generalitat enfatizara como objetivo primordial el desarme de la retaguardia y desatara una campaña de propaganda contra los llamados “incontrolados”, que encajaba con el segundo objetivo contenido en el lema constantemente repetido: “armas al frente”.

La enérgica resistencia de las bases anarcosindicalistas a la militarización de las milicias, al control de la Generalitat sobre la economía y las empresas colectivizadas, al desarme de la retaguardia y a la disolución de los comités locales, provocó un retraso de varios meses en el cumplimiento completo de los decretos del gobierno de la Generalitat sobre estos temas. Esta resistencia culminaría, en la primavera de 1937, en una gran agitación, exacerbada por el descontento con el avance de la guerra, la inflación y la escasez de productos básicos, que cristalizó en una crítica general de los militantes de base de la CNT a la participación de los comités superiores de la CNT-FAI en el gobierno y a las

políticas antifascistas y colaboracionistas de sus líderes, a quienes acusaban de renunciar a las conquistas revolucionarias del 19 de julio.

En octubre de 1936, el decreto sobre la militarización de las Milicias Populares provocó un gran malestar entre los milicianos anarquistas de la Columna Durruti, en el Frente de Aragón. Tras largos y acalorados debates, en marzo de 1937, varios cientos de milicianos voluntarios, destacados en el sector de Gelsa, decidieron abandonar el frente y regresar a la retaguardia. Se llegó a un acuerdo que estipulaba que los reemplazos de los milicianos opuestos a la militarización llegarían en un plazo de quince días. Abandonaron el frente, llevándose consigo sus armas.

Tras llegar a Barcelona, junto con otros anarquistas (defensores de la continuación e intensificación de la revolución de julio y opositores a la colaboración de la CNT con el gobierno), los milicianos de Gelsa decidieron formar una organización anarquista distinta de la FAI, la CNT y las Juventudes Libertarias, cuya misión sería reconducir el movimiento libertario a la senda revolucionaria. Así, un nuevo grupo se constituyó formalmente en marzo de 1937, tras un largo período de preparación que duró varios meses, a partir de octubre de 1936. Su comité ejecutivo decidió adoptar el nombre de «Amigos de Durruti», debido en gran medida a que muchos de sus miembros eran antiguos milicianos de la Columna Durruti, y como bien señaló Balius, no se refería en absoluto a las posturas políticas de Durruti, sino al mito popular que se había forjado en torno a él.

Esta oposición revolucionaria a la militarización de las Milicias Populares se manifestó también, en mayor o menor grado, en todas las columnas confederales, pero fue más pronunciada en la Columna de Hierro, que decidió en varias ocasiones “descender sobre Valencia” para impulsar la revolución y enfrentarse a los elementos contrarrevolucionarios en la retaguardia.

En febrero de 1937 se celebró una asamblea de columnas confederadas que abordó la cuestión de la militarización. Las amenazas de retirar armas, víveres y refuerzos a las columnas que no cumplieran el decreto de militarización, junto con la certeza de que los milicianos se integrarían en otras unidades ya militarizadas, resultaron muy efectivas. Para muchos delegados, parecía que sería mejor aceptar la militarización y adaptarse a ella con flexibilidad en cada columna. Finalmente, la ideología de unidad antifascista y la colaboración CNT-FAI en la administración pública, en defensa del Estado republicano, triunfaron sobre la resistencia a la militarización, que finalmente fue aceptada incluso por la recalcitrante Columna de Hierro.

ALB—¿Los comités de defensa chocaron con los comités superiores?

A finales de noviembre y principios de diciembre de 1936, la CNT debatió el papel que debían desempeñar los comités de defensa en Barcelona.

Los debates se enmarcaron en una perspectiva estrictamente sindical, que no era nada comprensiva con el importante papel que desempeñaban los comités de defensa y los comités de abastecimiento a nivel barrial. Se sostuvo que sus funciones, una vez finalizada la etapa de la insurrección revolucionaria y comenzada la siguiente, eran de carácter excepcional y provisional, y que, en cualquier caso, debían ser asumidas por los sindicatos.

En noviembre-diciembre de 1936, los comités de defensa eran una espina en el costado de la política gubernamentalista de los comités superiores de la CNT; por ello, estos proclamaron que los comités de defensa debían aceptar un papel subordinado y someterse a la autoridad de los sindicatos, como meros apéndices armados, pero algo molestos y superfluos, de éstos.

Los debates se centraron en el grado de autonomía que tendrían los comités de defensa vecinales respecto a los sindicatos. Las propuestas abarcaron desde la total independencia de los Comités Locales de Defensa y su carácter de entidades completamente separadas, reconociéndolos como LA MILICIA DE LA CNT, hasta su total y absoluta subordinación a las directrices de la Federación Local de Sindicatos, que no solo debatiría los asuntos relevantes y decidiría las medidas a tomar, sino que también tendría la custodia de las armas y jurisdicción sobre los miembros y las finanzas de los Comités de Defensa.

El problema fundamental, según el Comité Regional, fue la negativa generalizada a obedecer las órdenes de desarme: «los barrios son nuestros peores enemigos». En octubre de 1936, la entrada de la

CNT en el gobierno de la Generalitat condujo a la creación de un Comité de Seguridad Interior, lo que generó una situación de doble poder de mando sobre las fuerzas de orden público, entre la CNT y el gobierno de la Generalitat. Las Patrullas de Control perdían su autonomía y capacidad de decisión, mientras que el Comisariado de Orden Público, controlado por el PSUC y ERC, aumentaba sus poderes coercitivos, reincorporando las unidades de las Guardias de Asalto y la Guardia Nacional Republicana (antigua Guardia Civil). A finales de enero de 1937, los milicianos del PSUC-UGT abandonaron las Patrullas de Control y fueron sustituidos por elementos de la CNT, ERC y el POUM. La eliminación definitiva de las Patrullas de Control, que serían absorbidas en un nuevo Cuerpo de Seguridad unificado por el decreto de 4 de marzo de 1937, implicó la pérdida de hegemonía de la CNT en las funciones policiales y tareas represivas de la retaguardia.

En el frágil equilibrio político y armado que reinaba en la primavera de 1937 en la retaguardia barcelonesa, el crecimiento y la creciente amenaza de las fuerzas represivas de la burguesía, que tendían a monopolizar los medios de violencia, dieron un nuevo impulso a la reorganización y preparación de los comités de defensa de barrio para un enfrentamiento que ahora parecía inevitable.

ALB—¿Por qué los comités perdieron el control sobre el abastecimiento? ¿Qué fue la «guerra por el pan»?

El 20 de diciembre de 1936, Joan Comorera (PSUC), ministro de Abastecimiento, pronunció un importante discurso, en catalán, en el salón Gran Price de Barcelona.

Comorera abogó por un gobierno fuerte, con plenos poderes, capaz de hacer cumplir decretos que ya no serían meros papeles, como ocurrió durante el primer gobierno de Tarradellas, en el que Nin representaba al POUM. Abogó por un gobierno fuerte, capaz de implementar una política militar eficiente que centralizara todas las fuerzas en el frente.

Comorera culpó a los comités de defensa de la escasez y los altos precios de los alimentos, en lugar del acaparamiento y la especulación de los comerciantes. Su discurso justificó y explicó el lema que había aparecido en pancartas y carteles en las manifestaciones de mujeres de finales de 1936 y principios de 1937 —"más pan y menos comités"—, manifestaciones promovidas y manipuladas por el PSUC. Era evidente que se produciría un enfrentamiento entre las dos políticas de abastecimiento opuestas, la del PSUC y la del Sindicato de Trabajadores de la Alimentación de la CNT. El Sindicato de Trabajadores de la Alimentación, a través de los trece almacenes de víveres en los distintos distritos de la ciudad, controlados por los comités de barrio revolucionarios (o, más precisamente, los comités de defensa de distrito), repartía comida gratuita a los comedores populares, que alimentaban a los desempleados y a sus familias, y también atendían las necesidades de los refugiados que, en abril de 1937, ya sumaban 220.000 en Barcelona. Era una red de abastecimiento que rivalizaba con el comercio minorista, que solo respondía a la ley de la oferta y la demanda; las instituciones revolucionarias intentaron, sobre todo, evitar que los precios de los productos de primera necesidad subieran demasiado, lo que hacía que muchos productos fueran inaccesibles para los trabajadores y, por supuesto, para los desempleados y los refugiados. El mercado negro era el principal mercado para los comerciantes, que obtenían grandes beneficios gracias al hambre de la mayoría de la población. La guerra por el pan que Comorera libraba contra los comités de abastecimiento del distrito no tenía otro objetivo que despojar a los comités de defensa de todo vestigio de poder, incluso a costa de privar a Barcelona de alimentos y otros bienes básicos.

Comorera finalizó su discurso con un llamamiento a todas las organizaciones para que asumieran su responsabilidad en aras de una férrea unidad en la lucha antifascista. Para comprender el discurso de Comorera, debemos destacar la estrategia, formulada por Gerö, de implementar una política selectiva contra el movimiento anarquista, que consistió en integrar a sus líderes en el aparato estatal, a la vez que se ejercía una represión implacable contra los sectores revolucionarios, a los que vergonzosamente se les llamó "incontrolados", gánsteres, asesinos, provocadores y elementos irresponsables; y a quienes Comorera identificó muy claramente con los comités de defensa.

Los almacenes de provisiones de los comités vecinales determinaban qué, cómo, qué cantidades y qué precio cobrarían los comerciantes una vez satisfechas las necesidades "revolucionarias" del barrio, es decir, las de los inválidos, los niños, los desempleados, los comedores populares, etc. Comorera abogó

por la eliminación de estos comités vecinales revolucionarios, que serían reemplazados por el libre mercado. Sabía, además, que lo primero implicaba lo segundo, y que, a menos que se suprimieran los comités de defensa, el libre mercado sería una quimera.

El abastecimiento racional, adecuado y planificado de Barcelona y Cataluña habría requerido la adopción de las propuestas de Joan P. Fábregas, ministro de Economía y miembro de la CNT, entre octubre y diciembre de 1936, en sus infructuosas batallas en el Consejo de la Generalitat, para asegurar el monopolio del comercio exterior, a las que se opusieron las demás facciones políticas representadas en el Consejo. Mientras tanto, en el mercado de grano de París, diez o doce mayoristas privados catalanes competían entre sí, impulsando cada vez más los precios del grano. Pero el monopolio del comercio exterior, que ni siquiera era una medida revolucionaria, sino solo una apropiada para una situación de emergencia bélica, violaba la filosofía del libre mercado defendida por Comorera.

Existía una conexión entre las colas para el pan en Barcelona y la competencia irracional de los mayoristas en el mercado de grano de París. Este nexo entre Barcelona y París se habría roto con un monopolio del comercio exterior. Con la política de libre mercado de Comorera, este nexo se consolidó. Además, el PSUC fomentó la especulación de los comerciantes, quienes se enriquecieron con el hambre de los trabajadores.

ALB—¿Cómo y con qué fines se reorganizaron los Comités de Defensa?

El domingo 11 de abril, en una concentración en la plaza La Monumental, se exhibieron numerosas pancartas exigiendo la liberación de Maroto y de numerosos presos antifascistas, la mayoría de ellos miembros de la CNT. Federica Montseny fue recibida con abucheos y silbidos. Los gritos a favor de la libertad de los presos se intensificaron y se repitieron constantemente. Los comités superiores responsabilizaron a Los Amigos de Durruti de esta interrupción de la concentración. Federica, muy disgustada, amenazó con no celebrar más reuniones en Barcelona.

El Grupo 12 de Gracia presentó una propuesta por escrito:

“El lunes 12 de abril de 1937 se celebró en la sede de la CNT-FAI una sesión del pleno local de los Grupos Anarquistas de Barcelona, a la que asistieron también los grupos confederales de Defensa y las Juventudes Libertarias.

El Pleno, considerando, tras un amplio debate, los resultados de nueve meses de políticas ministeriales, y reconociendo la imposibilidad de ganar la lucha armada en los frentes contra el fascismo sin subordinar todos los intereses particulares, económicos, políticos y sociales al objetivo supremo de ganar la guerra; y considerando que solo con la socialización total de la industria, el comercio y la agricultura es posible aplastar el fascismo; y considerando que toda forma de gobierno es, por su propia esencia, reaccionaria y, por lo tanto, contraria a toda revolución social; resuelve:

1. Que todas las personas que actualmente ocupan cargos en el aparato gubernamental antifascista deben dimitir;
2. Que se forme un Comité revolucionario antifascista para coordinar la lucha armada contra el fascismo;
3. La industria, el comercio y la agricultura deben ser socializados inmediatamente;
4. Se debe introducir una tarjeta de productor. Se debe implementar la movilización general de todos los hombres capaces de portar armas y trabajar, tanto para el frente como para la retaguardia.
5. “Y, por último, inculcar en todos y cada uno una disciplina revolucionaria inquebrantable, como garantía de que los intereses de la revolución social no puedan ser violados impunemente”.

Esta reunión había escapado al control de los burócratas. Los Comités de Defensa de Barcelona, o, lo que es lo mismo, las delegaciones de los comités revolucionarios de barrio, así como las Juventudes Libertarias, participaron en este Pleno y, sin duda, contribuyeron al tono radical de las resoluciones.

La FAI de Barcelona, junto con las secciones de los comités revolucionarios de defensa vecinal y las Juventudes Libertarias, a pesar de la indignación y la oposición histérica de ciertos burócratas, resolvió acabar con el colaboracionismo y exigió la dimisión de los ministros anarquistas del gobierno de la Generalitat y la formación de un Comité revolucionario para dirigir la lucha contra el fascismo. Este fue un paso decisivo hacia la insurrección revolucionaria que estallaría el 3 de mayo.

Este Pleno también testimoniaba la existencia de una división ideológica, no tanto entre la CNT y la FAI, cuanto entre revolucionarios y colaboracionistas, que indicaba la existencia de una escisión organizativa dentro del movimiento libertario en Barcelona, que se manifestaba en la creciente oposición y la brecha insalvable en cuanto a objetivos que se había abierto entre las secciones de defensa de los comités de barrio y de las Juventudes Libertarias, por un lado, y los comités superiores, por otro.

Esta radicalización fue producto de una situación callejera cada vez más insostenible. El 14 de abril, una manifestación de mujeres, que en esta ocasión no fue manipulada por el PSUC, partió de La Torrassa hacia los diversos mercados de Collblanc, Sants y Hostafrancs para protestar por el alto precio del pan y otros productos alimenticios. La manifestación apeló al Comité Revolucionario de la Plaza de España para que interviniera en su favor, pero el Comité les dijo que el asunto no era de su competencia. Las manifestaciones y protestas se extendieron a casi todos los mercados de la ciudad. En los días siguientes hubo disturbios y manifestaciones en varios mercados, aunque no tan intensos como las manifestaciones del 14 de abril. Algunos comercios y panaderías fueron saqueados. La gente hambrienta de los barrios obreros de Barcelona había llenado las calles para expresar su ira y exigir soluciones.

ALB—¿Qué papel desempeñaron los Comités de Defensa en mayo de 1937?

El lunes 3 de mayo de 1937, sobre las 14:45, tres camiones llenos de guardias de asalto fuertemente armados se detuvieron frente al edificio principal de la Compañía Telefónica, ubicado en la Plaza de Cataluña. Estaban bajo el mando de Eusebio Rodríguez Salas, militante de la UGT y estalinista acérrimo, que también era oficial del Comisariado de Orden Público. El edificio de la Compañía Telefónica había estado bajo el control de la CNT desde el 19 de julio. La monitorización de las comunicaciones telefónicas, la vigilancia de las fronteras y las patrullas de control eran los principales puntos de discordia, que desde enero habían provocado varios incidentes entre el gobierno republicano de la Generalitat y las masas confederales. Era una lucha inevitable entre el aparato estatal republicano, que reclamaba autoridad absoluta sobre todos los dominios de "su jurisdicción", y la defensa de las "conquistas" del 19 de julio por parte de la CNT. Rodríguez Salas intentó tomar el control del edificio de la Telefónica. Los militantes de la CNT en los pisos inferiores, tomados por sorpresa, se dejaron desarmar; Pero en los pisos superiores, los militantes contraatacaron con determinación, gracias a una ametralladora estratégicamente ubicada. La noticia del ataque se extendió rápidamente. Inmediatamente aparecieron barricadas por toda la ciudad. Esto no debe entenderse como una reacción espontánea de la clase obrera barcelonesa, ya que la huelga general, los enfrentamientos armados con la policía y las barricadas fueron resultado de la iniciativa de los comités de defensa, cuyas directivas fueron rápidamente seguidas gracias al enorme descontento generalizado, las crecientes dificultades económicas de la vida cotidiana causadas por la carestía de la vida, las colas para el pan y el racionamiento, así como la tensión que dividía a las bases revolucionarias de la CNT entre colaboracionistas y revolucionarios. Las batallas callejeras fueron dirigidas y ejecutadas por los comités de defensa de barrio (y solo en menor medida por ciertas unidades de las patrullas de control). El hecho de que no hubiera órdenes de los comités superiores de la CNT, cuyos miembros eran ministros del gobierno en Valencia y Barcelona, ni de ninguna otra organización, para movilizarse y construir barricadas por toda la ciudad, no significa que las barricadas fueran puramente espontáneas, sino que fueron el resultado de las directivas impartidas por los comités de defensa.

Independientemente de la importancia del papel desempeñado por ciertos líderes antes de Mayo, todos fueron rápidamente superados y superados. Los comités de barrio desencadenaron y desempeñaron un papel protagónico en la insurrección del 3 al 7 de mayo de 1937 en Barcelona. Y no es posible

confundir los comités de defensa de barrio con una ambigua e imprecisa «espontaneidad de las masas», como sostiene la historiografía dominante.

Así describió Nin, el secretario político del POUM, las Jornadas de Mayo del 19 de mayo de 1937:

Las Jornadas de Mayo en Barcelona propiciaron el resurgimiento de ciertas instituciones que, durante los últimos meses, han desempeñado un papel importante en la capital catalana y en otros municipios importantes: los Comités de Defensa. Se trata de instituciones de carácter principalmente técnico-militar, formadas por los sindicatos de la CNT. Fueron estas instituciones las que realmente lideraron la lucha y las que constituyeron, en cada barrio, el centro de atracción y organización de los trabajadores revolucionarios.

Los Amigos de Durruti no iniciaron la insurrección, pero sus miembros fueron los combatientes más activos en las barricadas y distribuyeron un panfleto exigiendo la sustitución del Gobierno de la Generalitat por un Comité Revolucionario.

Los obreros confederales, desorientados por los llamamientos de sus dirigentes —¡los mismos que el 19 de julio!—, optaron finalmente por abandonar la lucha, aunque al principio se habían reído de los llamamientos de la dirección de la CNT a la paz y al fin de los combates, en interés de la unidad antifascista.

ALB—¿Cómo se disolvieron los Comités de Defensa?

El poder militar de los comités de defensa en la ciudad de Barcelona seguía intacto, a pesar de que los Hechos de Mayo supusieron una terrible derrota política para los revolucionarios, que se haría evidente el 16 de junio de 1937 con la detención del Comité Ejecutivo del POUM y la ilegalización de dicho partido.

A partir de ese momento, una represión selectiva se dirigió también contra la CNT y se abrió una ofensiva judicial en varios frentes:

1. Contra los comités revolucionarios locales creados el 19 y 20 de julio;
2. Contra todos aquellos que participaron en la rebelión de mayo de 1937;
3. Contra los delitos de pensamiento, la lectura de prensa clandestina, el derrotismo o la portación de armas sin autorización;
4. Contra ciertos dirigentes conocidos de la CNT, como Aurelio Fernández, Barriobero, Eroles, Devesa, etc.

Sin embargo, a finales de mayo de 1937, los comités de defensa todavía eran lo suficientemente fuertes como para organizar algunas unidades armadas bajo la dirección de los comités de defensa del distrito.

Los comités de barrio revolucionarios de Barcelona surgidos entre el 19 y el 20 de julio sobrevivieron al menos hasta el 7 de junio, cuando las fuerzas de orden público de la Generalitat, recién restablecidas, disolvieron y ocuparon las diversas sedes de las Patrullas de Control, así como algunas de las sedes de los comités de defensa, como la del barrio de Les Corts. A pesar del decreto que ordenaba la disolución de todos los grupos armados, la mayoría resistió hasta septiembre de 1937, cuando fueron disueltos sistemáticamente y los edificios que ocupaban fueron atacados uno a uno. El último edificio ocupado por un comité de defensa, y el más fuerte e importante, fue la sede del Comité Central de Defensa, ubicada en el antiguo monasterio de San Antonio, que fue atacado el 21 de septiembre de 1937 por las fuerzas de orden público, que utilizaron un arsenal completo de ametralladoras, tanques y granadas de mano. Sin embargo, los defensores del monasterio no cedieron ante la fuerza de las armas, sino ante la orden de evacuación emitida por el Comité Regional.

A partir de entonces, los comités de defensa se disfrazaron bajo el nombre de Secciones de coordinación e información de la CNT, dedicadas exclusivamente a tareas clandestinas de investigación e información, del tipo de las que se realizaban antes del 19 de julio; pero ahora (1938) tenían que operar en una situación claramente contrarrevolucionaria.

Sin embargo, seguían siendo lo suficientemente combativos y fuertes como para publicar un boletín clandestino, *¡Alerta!,* del cual se distribuyeron siete números entre octubre y diciembre de 1937. El

primer número se publicó el 23 de octubre de 1937. Las preocupaciones constantes de este boletín eran: la solidaridad con los "presos revolucionarios", exigiendo su liberación y denunciando la administración y los abusos que tuvieron lugar en la prisión Modelo; la crítica del colaboracionismo y la politización de la FAI; y la denuncia de las desastrosas políticas militares del gobierno de Negrín-Prieto y la dominación estalinista del ejército y el Estado. Expresaba su apoyo a las Juventudes Libertarias y a Los Amigos de Durruti. Una característica inolvidable de la publicación eran sus constantes llamamientos a la "revolución" y la exigencia de que todos los miembros de los comités superiores debían dimitir de sus cargos gubernamentales: "La Revolución no puede llevarse a cabo DESDE DENTRO DEL ESTADO, sino solo CONTRA EL ESTADO". Su último número, del 4 de diciembre de 1937, denunciaba las Chekas estalinistas y la brutal persecución de los cenetistas en Cerdaña.

En 1938, los revolucionarios estaban muertos, en la cárcel o viviendo en absoluta clandestinidad. No fue la dictadura de Franco, sino la república de Negrín, la que puso fin a la Revolución.

Alejandría proletaria. Biblioteca general de pensamiento revolucionario
Serie: Obras, textos y artículos de Agustín Guillamón



germinal_1917@yahoo.es